

NIETZSCHE: NATURALEZA, VIDA Y CIENCIA

Sergio Toledo Prats
Seminario de Filosofía
I. B. "Villalba Hervás"

La investigación de la historia de las palabras encamina a Nietzsche, filólogo de profesión, hacia el método genealógico característico de su filosofía: la doble interrogación acerca del origen del valor y el valor del origen. La primera remite a averiguar qué es un valor, cómo se constituye en el tiempo, por qué vale lo que vale, por qué es querido y apropiado o ignorado y rechazado. La segunda lleva a buscar la procedencia de cada cosa, el trasfondo de cada fenómeno, la filiación de cada concepto. La investigación del origen siempre es mítica; el retroceso en el tiempo traspasa los límites de la razón filosófica, conduce hacia aquello de lo que no hay experiencia, aquello para lo que no hay conceptos. La palabra se interna en el terreno fundacional del lenguaje, en los territorios del mito y la poesía. La mirada a los orígenes inaprensibles nos permite erigir un simulacro teórico, un relato filosófico acerca de los acontecimientos en devenir. Simulacros porque no intentan presentarse como verdades absolutas, sino como ensayos de interpretación, a los que acompaña la conciencia de su limitada validez temporal.

Simulacros como el que se articula en torno a la Muerte de Dios y que apunta hacia el superhombre: el hombre en camino hacia un más acá sin más allá. La muerte de dios es el acontecimiento fundamental de una etapa histórica que se inicia en el Renacimiento y que aún durará siglos, denominada nihilismo.



Muerte que simboliza el proceso de crisis y decadencia de la civilización occidental, la disgregación de las instituciones que habían otorgado sentido a la vida durante mil años: la religión, la moral y la metafísica cristianas. El nihilismo es una época de transición hacia la civilización del superhombre, tiempo en que se produce la transmutación de los valores cristianos. Es nihilista pasivo quien se entrega a la defensa o a la nostalgia de los viejos valores, mientras que el nihilista activo se lanza a la experimentación e imaginación de valores nuevos: melancolía del dios perdido o sueño del superhombre anhelado. Nietzsche concibe la cultura del superhombre como sociedad de individuos, donde el ciudadano convive liberado del peso y la inercia de la gregariedad. Nos lo presenta bajo diversas máscaras: héroe, artista, actor y niño, entre otras. Héroe porque lucha para convertir sus deseos en su destino. Artista porque transforma la realidad embelleciéndola. Actor porque encarna innumerables papeles. Niño porque vive jugando en su inocencia.

NATURALEZA

Nietzsche piensa en términos dinámicos y antimetafísicos; para él la Naturaleza no tiene fundamento, es decir, no hay un ser originario que sea principio y causa de lo existente. El universo es un caos de fuerzas que interactúan, que se alían y se combaten, que crecen y se disuelven. Una fuerza es activa cuando ejerce su propio impulso, es reactiva cuando actúa como resistencia frente a otra fuerza. Las relaciones entre las fuerzas se basan en la diferencia de cantidad entre ellas; eso es lo que constituye su cualidad, ser más o menos fuerte que otra. Las cualidades de las fuerzas son irreducibles a su cantidad de fuerza, precisamente porque lo determinante no es la cantidad sino la diferencia de cantidad, que no es contabilizable como cantidad, sino que actúa en cuanto diferencia. Por ello mismo las cualidades de las fuerzas son irreducibles entre sí.

Porque lo propio de la fuerza es expresar el poder del querer Nietzsche llama al caos de fuerzas “Voluntad de Poder”. Poner nombre siempre es un peligro, el nombre unifica y ordena. Sería contradictorio hacer del caos un concepto: la voluntad de poder es una metáfora para urdir un simulacro filosófico. En ella podemos leer la influencia de la monadología de Leibniz, del “Mundo como Voluntad” de Schopenhauer o de la física de Boltzmann con su modelo molecular para el cálculo de la energía cinética de los gases.

La voluntad de poder es pluralidad, no es una unidad, es decir, no se refiere a que haya algo común entre todas las fuerzas, algo que constituya su identidad. No ha tenido principio, es lo que hay desde siempre. No tiene finalidad,



no busca cumplir ningún objetivo determinado. Ni es un estado de equilibrio ni lo busca, cualquier situación de equilibrio es provisional. Tampoco es un proceso incesante de renovación eterna, lo que deja la puerta abierta a toda posible decadencia, agotamiento, destrucción. Quizá podamos leer aquí los ecos de la termodinámica de la época, que dará lugar al concepto de entropía.

La concepción nietzscheana de la Naturaleza es antisustancialista, no la piensa como Ser, sino como Devenir. El Devenir no es un algo que deviene, no tiene un estado inicial, no posee una identidad. Cualquier acontecimiento no es sino el resultado de las fuerzas en juego, y de ninguna manera es el resultado de una supuesta ley natural que actuaría como causa externa. Las supuestas leyes naturales no son sino la expresión local y pasajera de determinadas relaciones de fuerzas; su pretendida validez universal queda así restringida en el espacio y en el tiempo. Nietzsche se opone a la distinción entre átomo y fuerza, es decir, a la distinción entre un sujeto portador de la fuerza y la propia fuerza. El átomo, como toda cosa, no es sino la expresión de un estado ocasional de ciertas fuerzas.

La filosofía nietzscheana de la Naturaleza es antimecanicista. El mecanicismo se basa en un prejuicio de los sentidos –el movimiento– y en un prejuicio psicológico –el átomo. Esto nos recuerda la crítica de Heráclito a los sentidos, a los que acusaba de presentarnos el mundo como constituido por cosas unitarias con duración, traicionando así al Devenir. El mecanicismo pretende reducir las cualidades dinámicas a efectos de las cantidades de fuerza, destruyendo así la perspectiva propia de las fuerzas, que no es poder tanto o cuanto, sino poder más o menos que. El mecanicismo afirma que las fuerzas sólo actúan por contacto, como choque o presión; en cambio, Nietzsche afirma el poder de la fuerza para actuar a distancia, como fuerza atractiva o repulsiva. En consonancia con la Física de su tiempo acepta el principio de conservación de la energía, lo que para él implica que la causalidad no puede ser entendida sólo como sucesión sino como dependencia mutua entre fenómenos. Esta dependencia no es de tipo estructural –de cada fuerza con todas las demás sino de tipo estocástico– respecto de las fuerzas próximas.

En un famoso fragmento se lee que la voluntad de poder no es un ser ni un devenir, sino un pathos. No es pues, ni un ser originario ni un devenir mecánico. Creo que Nietzsche enlaza aquí con la concepción hilozoísta de la Naturaleza: el universo vive. La voluntad de poder sería la forma primitiva del afecto, o sea, cualquier existente quiere y lo que quiere afecta a otros existentes. Así la voluntad de poder nombraría no tanto las fuerzas como la relación entre las fuerzas, su dinámica, su juego.



VIDA

Para Nietzsche no hay separación esencial entre Vida y Naturaleza, entre los seres orgánicos sensibles, provistos de interioridad y subjetividad, y los entes inorgánicos inertes, de existencia puramente exterior y objetiva; la diferencia es sólo de grados de complejidad. Ambas comparten la misma ausencia de fundamento. Lo propio de la vida consiste en su autoconfiguración, dando lugar a formas plurales, siempre en equilibrio inestable, avanzando sin una finalidad precisa: la vida es aquello que se supera a sí misma. Nietzsche interpreta en clave de miseria el principio biológico del instinto de conservación; opone a la mezquina vida como supervivencia la exuberancia de la vida con su proliferación de especies, despliegue de una riqueza que aparenta no tener límites.

Lo esencial en el ser orgánico es su pluralidad interna de perspectivas, lo que le permite realizar interpretaciones diversas sobre el mundo externo, configurando “hechos” distintos con los mismos estímulos; desde dentro se conciben diversos fueros posibles. Así el mundo orgánico se nos presenta como una red de conexiones entre un conjunto de seres vivos con sus pequeños mundos imaginados alrededor. Todo organismo quiere aumentar su poder, entiende la realidad como una serie de obstáculos que lo estimulan. Cuando su actividad es productiva la siente como placer, cuando expresa una resistencia la percibe como dolor. La lucha por la vida, tan característica de la biología darwiniana, no es sino lucha por el poder, lucha por ser el que más, el mejor, el más rápido, el que más a menudo. Poder en cantidad, cualidad, ritmo, frecuencia.

La voluntad de poder de un organismo consiste en el conjunto de sus pulsiones. La pulsión es la traducción de lo que siente al lenguaje del sentimiento, el paso de lo corporal a lo psíquico. Las pasiones son el lenguaje cifrado de las funciones orgánicas, el cuerpo poniendo a la mente a su servicio. Nietzsche explica de la siguiente manera el proceso de formación de los instintos biológicos como pulsiones: ante cualquier coacción externa el organismo responde; la repetición de esa coacción genera el hábito de responder del modo que resulte más adecuado; ese hábito genera la necesidad de la secuencia coacción/reacción; esa necesidad se convierte en la tendencia natural a actuar de una determinada forma, o sea, en una pulsión instintiva. Vivir significa estar valorando constantemente; placer y dolor son la forma en que los instintos valoran. Las valoraciones están en relación con las condiciones de existencia, son el resultado de la simplificación por el organismo de su lectura del medio, de las circunstancias.

Nietzsche critica la perspectiva sobre la evolución que subyace en la filosofía hegeliana de la historia y en el utilitarismo inglés de Bentham, con su prolongación en Spencer y su organicismo social. La fenomenología del Espíritu,



impulsada por el motor de la contradicción lógico-real, le parece un ejemplo de los excesos de la racionalidad en su afán de controlar, siquiera imaginariamente, el azar de las pulsiones y la incertidumbre de la Historia. La obra de Bentham, con su principio de la mayor felicidad, basado en el criterio de placer y dolor, y el organicismo de Spencer, vinculando evolución biológica, progreso social, desarrollo psicológico y altruísmo moral, a partir del principio biológico de adaptación, le parecen un ejemplo de optimismo histórico infundado, de pensamiento superficial con pretensiones de sistematicidad. La posición nietzscheana respecto a la evolución queda clara en su crítica al darwinismo, que se concreta en los siguientes puntos:

- 1.º) Tacha a Darwin de exagerar la influencia del medio en la evolución de las especies; él se siente más lamarckiano, recalcando el dinamismo interno de todo organismo, su plasticidad, su capacidad de metamorfosis.
- 2.º) El énfasis darwinista en la conservación de la especie le parece una interpretación errónea de lo que para él es la lucha por devenir una especie superior.
- 3.º) No acepta la prioridad concedida a la especie en el proceso evolutivo; la cadena de transmisión no es la especie, sino el individuo más fuerte.
- 4.º) No está de acuerdo con la primacía otorgada a la especie en el proceso de conservación; la conservación de la especie es sólo una consecuencia de la conservación del individuo.
- 5.º) Rechaza el criterio de duración temporal para medir la utilidad de la conservación del individuo; el criterio de utilidad ha de ser el aumento de fuerza.
- 6.º) El optimismo darwinista de creer en el predominio social de los fuertes le parece desmentido por la Historia; en la sociedad los débiles triunfan por su número, y en cuanto a las relaciones entre individuos, prevalece el que se disciplina, quien se autorregula, quien juzga mejor las circunstancias, quien tiene más sensibilidad y dominio de sí.

Resumiendo, frente al moderado individualismo de Darwin defiende Nietzsche un individualismo radical que subvierte la relación de dependencia del sujeto con su especie y con su medio. En su opinión, tanto el darwinismo, como el utilitarismo de Bentham, el organicismo de Spencer y el idealismo hegeliano dan una imagen reactiva de la vida, una lectura invertida de lo genealógico.



ESPECIE HUMANA

La Humanidad es sólo una fase de la evolución de una determinada especie, cuya duración es limitada, como todas: el hombre es algo que debe ser superado. A la vida que sigue un curso ascendente el hombre la llama felicidad, dando vía libre a sus pulsiones se siente saludable de cuerpo y mente; en cambio, cuando gasta su vida combatiendo los propios instintos se sume en la decadencia y la enfermedad. La historia de una especie es la conversión de sus éxitos inmediatos en logros duraderos, la explotación utilitaria de benéficos acontecimientos azarosos. Incluso los males ocasionales deben ser aprovechados: la mayoría de los bienes actuales son males del pasado que han sido dominados. Lo que no nos mata nos hace crecer.

La Historia muestra cómo la Humanidad ha ido dominando las pasiones mediante su espiritualización; así vemos cómo la pulsión sexual se transforma en amor o cómo la agresividad física del odio se convierte en sentimiento de enemistad. Algunos han optado por una estrategia nefasta, la castración de las pulsiones, como se ve en los sacerdotes, en los moralistas, en los pecadores apasionados derrotados por su sentimiento de culpa. Ciertas pasiones se han revelado especialmente peligrosas para el orden social: la voluptuosidad, que aspira a goces cada vez más intensos y no sacrifica el placer al deber; la sed de dominio, que busca imponerse a otros, más allá de pactos y normas; el egoísmo, que quiere circular desde uno mismo como principio hasta uno mismo como fin, pasando por los otros como medios. Sin embargo, el sentimiento de gregariedad es más antiguo y más fuerte que el egoísmo; este no hace más que buscar espacios para vivir la diferencia propia frente a la unanimidad multitudinaria. Todo estado gregario representa un tipo logrado de hombre, aunque como todo tipo haya de ser superado. Con las masas hay que tener el mismo cinismo que con la Naturaleza, ya que simplemente conservan la especie.

Nietzsche radicaliza el proceso histórico a largo plazo de emancipación del individuo dentro de la sociedad, pasando de ser mero súbdito a ser alguien que se afirma ante ella, consciente tanto de su comunidad como de su diferencia. Y señala hacia nosotros: "...un sabio desconocido, que tiene por nombre sí mismo, vive en tu cuerpo, es tu cuerpo". Frente a la coacción social indica dónde hay que buscar la fuente de la vitalidad, en el goce de la acción querida, que no es mera resistencia. Esta fidelidad al cuerpo no implica uniformidad, el hombre no tiene un alma única inmortal, es una pluralidad de almas mortales que se confrontan y suceden. Vivir es jugar a vivir, experimentar distintas sensaciones y formas, aperturas y presiones, laberintos e iluminaciones, remansos y lides. Sólo la intensidad de la pasión que devora un alma puede metamorfosearla, escindiendo y dispersando, o densificando y sublimando. Tal es el objetivo: vivir de acuer-



do con las propias pulsiones, oír la música del cuerpo. La sordera hacia el cuerpo propio no es el único peligro; lo es igualmente el vivir como mera reacción ante los estímulos externos, despilfarrando fuerzas en responder a las provocaciones de fuera; ello resta libertad y debilita.

Para el hombre la prueba de fuego de la vida es la aceptación del Eterno Retorno. En efecto, todo dolor grita en nosotros “Acaba”, y todo goce aspira a hacerse eterno. Según la fórmula nietzscheana el Eterno Retorno es la forma en que la Voluntad de Poder del Superhombre quiere –interpreta– el Devenir. Traduciendo aproximadamente: en una civilización en la que tenga más potencia la vida activa que la reactiva, donde las pulsiones hayan triunfado sobre la coerción moral, el individuo puede entregarse felizmente al Devenir, interpretando el Tiempo como repetición, viviendo cada instante como la enésima vuelta de lo mismo. Esta noción del Eterno Retorno, sin duda la más mística de su autor, es principio y fin de su filosofía, en sentido griego: porque es su fin es su principio, porque es su principio es su fin. El anillo del tiempo, donde cada instante es fin y principio, ilumina el helenismo nietzscheano. El hombre ha de entregarse al devenir con amor, amor a todo lo que está siendo, a todo lo por venir, a todo lo pasado. Cada acontecimiento es un fragmento de destino, pero el destino no está cerrado, ni hacia delante ni hacia atrás, es como un entrelazamiento de azares que bailan sin fin.

La infinitud del tiempo impide que el camino ascendente de la voluntad de poder sea perpetuo; la decadencia, en cualquier nivel, es un fenómeno tan inevitable como la maduración. Quien quiere, quiere lo mejor, lo peor y lo intermedio. El devenir es inocente, cuando no hay Pecado Original que expiar tampoco hay Juicio Final. El Eterno Retorno libera al pasado de su peso, permite recrear la Historia. Nada ha ocurrido de una manera fija y cierta, múltiples interpretaciones se abren según interrogamos el pasado. No hay hechos del todo para siempre. El único siempre es el de la totalidad indefinida, el del tiempo como repetición. Lo demás es una vez más, en una ristra incontable, porque nunca hubo una primera vez, así como no habrá una última vez. En la filosofía nietzscheana del tiempo destella el instante, proyectando su valor sobre la eternidad.

CONOCIMIENTO

El conocimiento no es un instinto particular; el conjunto de funciones que llamamos intelecto no hacen más que servir a las diversas pulsiones; evolutivamente, lo intelectual es posterior a lo pulsional. La pulsión se manifiesta en el conocimiento como conquista y apropiación de lo externo. Nietzsche establece una analogía con la nutrición: el intelecto asimila el mundo externo y segrega



pensamiento, signos. Todo conocimiento es un error que se inicia por azar y se mantiene porque conviene a nuestras condiciones de existencia. Así se constituye la ilusión de la necesidad de tal verdad, que no es más que la necesidad de sostenerse en la ilusión. Cualquier conocimiento consiste en expresar algo nuevo mediante signos ya experimentados y sabidos. El pensamiento no es un medio de conocer, sino un modo de designar hechos, de ordenar experiencias, de hacer manejable lo que se vive.

Como se ve, el análisis genealógico del conocimiento conduce a Nietzsche a una posición pragmática en que lo psíquico emana de lo corporal, lejos del clasicismo filosófico griego y de la hipóstasis del yo de la filosofía racionalista e idealista, y más próxima a la sofística helénica o al empirismo británico. Hay que usar el conocimiento para conseguir ver el mundo con la mayor riqueza posible de perspectivas. Eso nos exige comprender cualquier cosa en clave de devenir. La decadencia de la filosofía comienza con su conversión en una metafísica del Ser, resultado de la desvalorización del devenir: estrategia de huida frente al sufrimiento de no poder dominar el tiempo. Contra la fugacidad de la vida se inventa la Verdad Eterna. Cuando los valores cognitivos no sirven para nada degeneran en nihilismo; históricamente, la metafísica del Ser desemboca en la Muerte de Dios.

Puesto que la conciencia es una función orgánica, para comprendernos a nosotros mismos tenemos que retraducir la semiótica de la conciencia en semiótica pulsional: descifrar el cerebro tratándolo como si fuera un autómata. Nietzsche distingue entre la comprensión intelectual de un fenómeno de conciencia, que se estudia como caso y se encuadra en una generalidad, y su comprensión pulsional, consistente en desvelar si es una resistencia que responde a un estímulo externo o la manifestación de un impulso interno. En una pasión, en cualquier pulsión, sólo comprendemos lo que hay en ella de intelectual, no el estado fisiológico del que proviene.

La conciencia se propone alcanzar fines constantemente; esa finalidad es un medio más del que se vale lo inconsciente para exteriorizarse. Nietzsche lo especifica para el filósofo: el camino que elige hacia la verdad, su método, revela su intencionalidad inconsciente. Cada toma de conciencia es la falsificación de un fenómeno mediante procedimientos de simplificación y generalización. En la percepción lo esencial es la imposición de formas definidas; así lo sensible se va refinando y con el tiempo las formas perceptivas generan la actividad artística y el sentimiento estético, que para Nietzsche tienen más valor que la actividad filosófica y su sentimiento de lo verdadero.

Decir memoria es lo mismo que experiencia, esto es, aquello que sobrevive a la aniquilación del tiempo, que sume lo vivido en la indiferencia. Memorizar es abreviar fenómenos mentales en signos, fundamentalmente palabras e imáge-



nes. Se selecciona y esquematiza lo que es memorizado. Si algo puede ser recordado es que no ha sido incorporado, esto es, hecho cuerpo, sin que tampoco se haya borrado su huella. La cultura humana se funda en la memoria: se aprende a tratar lo nuevo con los recursos de la experiencia, la memoria compartida facilita la comprensión y la cooperación, transformándose en tradición e instituciones. Paradójicamente, sin embargo, el olvido es una facultad activa necesaria para vivir; quien no pudiera olvidar se ahogaría en la corriente de la vida, arrastrado hacia el fondo por el peso del dolor. Sin saberlo, queremos el olvido, ocultar el rastro de lo sufrido.

En ese sentido, la voluntad de verdad, típica del filósofo, puede verse como voluntad de muerte. Verdad como desvelamiento de lo muerto, de lo muriente, de lo que nos mata. La verdad es inútil para la vida, tiende a subordinarla a su perspectiva, siempre ilusoria. La fascinación por la verdad paraliza, somete, encarrila. La medida de nuestras fuerzas la da el poder vivir sobre hipótesis, no el vivir sobre convicciones. Aceptar la ausencia de fundamento requiere mayor poder que construir cimientos. La voluntad de verdad nace del deseo de seguridad, es un afán de protección frente al azar de los acontecimientos, en su exuberancia y extrañeza. Consideramos como lo más real y verdadero aquello que provoca en nosotros la actividad más intensa, aquello que no podemos eludir ni reducir con nuestros simbolismos. De modo que el criterio de verdad tiene su génesis en la intensificación del sentimiento de poder. Realidad y verdad constituyen el reconocimiento de la fuerza de lo otro, de lo que puede contra nosotros.

La lógica es el resultado de la estilización artística de los instintos, que operan sobre la experiencia seleccionando, digiriendo, asimilando. La lógica es el resultado de vivir logificando, esto es, estableciendo identidades a base de determinar semejanzas. La lógica y las matemáticas son ilusiones reguladoras que simplifican los hechos para fines prácticos. Los principios lógicos y los axiomas matemáticos no son verdades sino imposiciones; por ejemplo, el principio de no contradicción es el imperativo de lo que debe valer como verdad. Pero la vida es más rica que la lógica, la vida no es un razonamiento, de ahí que el individuo sólo sea fecundo al precio de ser rico en antítesis, campo de contradicciones.

LENGUAJE

La nueva cultura anunciada por la filosofía nietzscheana ha de estar en función de las fuerzas de lo que no es palabra; se revaloriza la influencia de lo pulsional sobre el lenguaje; tanto los pensamientos como los sentimientos son considerados como signos de un proceso pulsional. El desarrollo de la conciencia se



debe a la necesidad de comunicación. Ahora bien, el encadenamiento causal entre deseos, emociones y sentimientos no es consciente; cualquier interpretación de la conciencia acerca de ello es imaginaria; más aún, aquello de lo que tomamos conciencia no puede revelar las causas de nada, no es posible dar el salto atrás interpretativo desde un acto de lenguaje a la pulsión que lo produce; la pulsión hace decir, pero no se deja decir.

Desde Parménides, al menos, la cultura occidental ha hipervalorado la conciencia, lo que ha llevado a la filosofía a cometer errores tales como:

- a) Creer que la conciencia es la forma superior de acceso a la verdad.
- b) Creer que unidad, identidad y ser son las categorías fundamentales para pensar lo existente.
- c) Entender el mundo como un sistema de causas y fines.
- d) Creer en la voluntad como sujeto del querer y su producción de efectos.
- e) Afirmar la posibilidad del conocimiento absoluto.

Los eléatas inauguran en la filosofía el desprecio por el conocimiento sensible; Nietzsche los corrige señalando a la Razón como origen del error y exculpando a los sentidos. La seducción del lenguaje genera la fe en la verdad. Esta fe en el Logos parte ya de un prejuicio moral: creer que la verdad vale más que el error, que es más útil para la vida. La equivalencia entre Ser y Logos, la verdad como adecuación del lenguaje a la realidad, postula una vía de acceso directo a lo real; ha sido un dogma filosófico de larga duración. Para Nietzsche, por el contrario, todo lo que puede ser pensado y dicho constituye una ficción. Las grandes construcciones ideológicas –religiones, morales, metafísicas– son ficciones útiles para la supervivencia, aunque para extender su poder se nieguen como ficciones adoptando la máscara de la verdad: lo extraordinario atrae, seduce, narcotiza y encadena. El éxito técnico de la verdad es el soporte de la relación de dominio, como muestra el triunfo de las instituciones que dispensan el sentido de la vida. Paradójicamente, las convicciones generadas por ellas son más peligrosas que las mentiras, más enemigas de su propio ideal de verdad.

Para el genealogista el lenguaje es historia, toda palabra es un prejuicio que rueda en el tiempo a través de la lengua. O como especifica Nietzsche para la filosofía, todo concepto es una metáfora que ha olvidado su origen; en el núcleo de cada vocablo yace un resto de la actividad poética del lenguaje, donde la palabra surge de lo emotivo y funciona como tal. Todo concepto legitima una situación que no ha creado, impide la subversión de esa palabra para otros usos, paraliza la relación entre lenguaje y experiencia. Por ello hay que sospechar del lenguaje, sospechar que no dice lo que dice y sospechar que las cosas hablan. Palabra y cosa no mantienen una relación de exterioridad, la palabra conforma



la cosa, la modula. El poder taumatúrgico del lenguaje estriba en que creando nuevas palabras crea, a la larga, nuevas cosas. Quede claro que Nietzsche no es panlogista: no todo en la cosa es palabra y también en la palabra está la cosa.

Las palabras no indican un significado, sino que imponen una interpretación. Los significados no son hechos incontrovertibles. Los hechos no son sino interpretaciones estabilizadas. Los llamados hechos primeros o últimos son los límites provisionales de la interpretación, aquello que se erige como punto de referencia hasta tanto se pueda ir más allá. Cada signo es interpretación de otros signos, remite a otros signos: la interpretación es un proceso inacabable. El origen es inalcanzable, como el horizonte; no hay verdad prístina ni significado original.

FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA

En la gramática, a lo largo de los siglos, se va decantando la metafísica del pueblo, convirtiéndose en una máscara de Dios, esto es, en la faz de un poder que se halla fuera del poder humano. El lenguaje ha sido elaborado desde una psicología rudimentaria y los primeros hombres que reflexionaron sobre él, los refinados filósofos griegos que iniciaron la crítica del lenguaje se afanaron en lo sincrónico -más a su alcance- escapándoseles lo diacrónico. O mejor dicho, se volvieron fetichistas del lenguaje al descubrir en él la “realidad”, una realidad que se había ido depositando desde sus orígenes. Fueron escasamente conscientes de ese multimilenario proceso de construcción de la realidad por sedimentación del lenguaje. Se rindieron a la perfección de su estructura, veneraron sus categorías. Así la metafísica comparte con la religión el error de confundir lo último con lo primero: colocan las ideas de Ser y Dios como Origen y se les adjudica el poder supremo: ser causa de sí mismos. Son maneras con que el hombre se protege frente a la necesidad y la angustia, creyendo que hay algo sin principio antes de nuestro principio y algo sin final después de nuestro final: lo más fuerte que lo humano guía, protege y acoge.

Mientras que la noción de “mundo exterior” se va formando de manera inconsciente, la construcción de la noción de “mundo interior” es más especulativa, en ella el lenguaje tiene un papel fundamental. La experiencia interior sólo aparece en la conciencia cuando el individuo tiene el lenguaje para comprenderla. Frente a la riqueza del mundo exterior, del mundo de los sentidos, resalta la pobreza del mundo interior; su historia es corta. Uno y otro son igualmente fenoménicos, pues no disponemos de un acceso privilegiado a nuestra interioridad que garantice su realidad y su verdad de un modo distinto a como nos relacionamos con el mundo externo. Para Nietzsche el origen de la interioridad se halla



en la imposibilidad de actuar sobre el mundo externo; esa impotencia para la acción revierte sobre sí generando el espacio interior. La conciencia tiene su origen en el dolor, en la memoria del dolor que nos produce la exterioridad que nos niega, aquello frente a lo que nada podemos.

La voluntad es lo que se revela a nuestra sensibilidad mediante los procesos instintivos. Podemos interpretar todo acto de voluntad, desde la perspectiva pulsional, como una acción emanada de un estado del que se quiere salir dirigida hacia un estado al que se quiere llegar. Desde la perspectiva de la conciencia se da una comprensión intelectual del itinerario que vincula un sentimiento sufrido con un sentimiento anticipado, aunque ese pensar no es precipitable directamente como voluntad. La metafísica ha interpretado la voluntad en los siguientes términos:

- a) La voluntad mueve.
- b) Vence una resistencia.
- c) Es libre y soberana.
- d) Tiene necesidad de éxito.

Contra ello Nietzsche asevera que cada acción “querida por la voluntad” es sólo la representación de una apariencia, la liturgia del fenómeno. Reserva su crítica más acerba para el error de la “voluntad libre”. Rastrea su genealogía en el ámbito de la religión y la moral: nace del instinto de juzgar y castigar, y se solidifica en las nociones de responsabilidad, culpa y sanción. Así se expresa la voluntad de dominio del sacerdote, del hombre teórico; tal es la obra del resentimiento, del espíritu de venganza contra la vida. La noción de “voluntad libre” brota del sentimiento de aumento de nuestra fuerza cuando nos imponemos a otras fuerzas.

La noción metafísica de sujeto consiste en la ficción de creer que una multiplicidad de estados similares implica que son efectos de un mismo sustrato: la identidad. Se piensa la identidad como presencia, pero se la desplaza desde el cuerpo al pensamiento, mediante una hipóstasis narcisista, propia de filósofos, que trabajan con el lenguaje (repárese en esta huella: la expresión “de cuerpo presente”). El yo se piensa a sí mismo como ser, como sustancia, eterno e inmutable. Según Nietzsche el yo, desde esa imaginaria altura divina, proyecta su identidad sobre el mundo y crea las cosas. Cada cosa no sería sino un reflejo del yo, dotada por este con una identidad. El yo entiende su propio hacer escindiéndolo en términos de “agente” y “acción”. Este modo de pensar queda incorporado a la gramática: si algo se hace o se piensa creemos que alguien hace o piensa. Lejos de toda sustancialización del sujeto Nietzsche interpreta el yo simplemente como sucesión de fuerzas que toman el mando del cuerpo; las contradicciones del sujeto, su persistencia y recurrencia, quedan así explicadas.



El origen de la noción filosófica de “causa” se halla en la voluntad. La idea de voluntad sirve para interpretar el querer en términos de “medios” y “fines”. La proyección de esta relación medio/fin sobre el mundo externo da lugar a la interpretación de los acontecimientos en términos de “causas” y “efectos”. El sujeto empieza atribuyendo a su voluntad ser la causa de lo que quiere; de ahí pasa a considerar su conciencia como causa, para llegar finalmente a atribuir a su yo ser la causa de todos sus actos. Mediante este análisis genealógico de las principales categorías metafísicas Nietzsche pretende subvertir no sólo su definición, sino primordialmente su uso en el lenguaje. Un error tradicional de la metafísica es la confusión de la causa con la consecuencia, error que se presenta asiduamente en el terreno de la religión y la moral, donde por ejemplo, siempre se ha predicado que el camino de la virtud conduce a la felicidad. Para Nietzsche ocurre justamente al revés: el grado de felicidad de un individuo le permite ejercer ciertas virtudes sociales.

Otro error típico de la metafísica es la atribución de causas imaginarias a los fenómenos. Ante un fenómeno desconocido el sujeto es incapaz de aceptar el no disponer de una explicación, así que las representaciones generadas en él por ese fenómeno son concebidas como causas del mismo. Este hábito causalista toma en los individuos una determinada forma preponderante; unos tienden a interpretarlo todo en términos religiosos, otros en términos económicos, psicológicos, políticos... Un ejemplo extendido es la tendencia a atribuir nuestros sentimientos desagradables a la acción de nuestros enemigos o a verlos como un castigo por algo que hemos hecho o por una manera de ser. Igualmente atribuimos nuestros sentimientos agradables a la acción divina o los vemos como recompensa a nuestras virtudes. Para Nietzsche el principal valor de la causalidad no es el cognoscitivo, porque la causalidad no aclara la naturaleza de las cosas; lo que importa es su utilidad práctica, porque permite manipular los fenómenos y hacer predicciones sobre ellos.

LA CIENCIA

Con su fina perspicacia histórica Nietzsche afirma que el siglo XIX marca, no la victoria de la ciencia, sino la del método científico sobre la propia ciencia. La institucionalización de la actividad científica –y de su correlato pedagógico– implementa el proceso de autoconciencia; la etiqueta de “científico” se convierte en una marca registrada que se reserva para determinados tipos de procedimientos, experimentos y teorías, sancionados por una comunidad que adquiere conciencia de sí. El sueño de la “mathesis universalis” revitalizado por Descartes



y Leibniz acrecienta la leyenda del “método científico” y deriva en diversas formas de hagiografía popular y culta sobre la figura del “científico”. El análisis nietzscheano considera que el éxito de la ciencia se debe al uso de ciertas operaciones intelectuales como mecanismos de dominio de la Naturaleza:

- a) Reducción a unidades de todo ámbito fenoménico para poder calcular.
- b) Abstracción de fenómenos tras un proceso de selección cuyo criterio es el fortalecimiento del conjunto; lo no seleccionado queda reducido a la irrelevancia, la anomalía o el silencio.
- c) Abreviación de los tipos de hechos mediante sistemas simbólicos, facilitando su descripción, memorización, análisis y tratamiento.
- d) Síntesis de observaciones en leyes.

En resumen, cuantificación, sistematización, matematización, logificación y experimentación. Con ello lo que busca la ciencia es la reconstrucción simbólica de los fenómenos con vistas a la máxima eficacia de la especie humana. En la actividad científica el predominio de ciertos principios fundamentales como la identidad lógica, la igualdad matemática y el equilibrio físico, persigue y produce la uniformación de la especie. Todo tiende a ser interpretado en términos de unidad y permanencia, de medida y proporción, de estabilidad e invariancia. La ciencia institucionalizada segrega moral pública, cuyas creencias básicas son:

- a) El mundo es racional y por tanto el hombre debe comportarse racionalmente.
- b) El mundo está gobernado por leyes y en consecuencia el hombre ha de vivir bajo un sistema de leyes.
- c) El conocimiento humano puede alcanzar verdades absolutas.
- d) El saber es la panacea contra el mal.

La ciencia, en cuanto voluntad de verdad, promueve la fe en los ideales ascéticos, la creencia en el valor en sí de la verdad, cuya liturgia opera el científico como sacerdote moderno. Las instituciones de poder, o como las llama Nietzsche, las formaciones de soberanía –Estados, Iglesias, Academias– enmascaran la ausencia de finalidad y sentido de la vida. Adoptan así una postura de nihilismo pasivo, nostalgia de los antiguos valores sobre los que cimentaron su poder. Temen la reacción de las masas si perdieran su fe en el sentido de la vida. Sus dirigentes son falsos amos, en cuanto que ni siquiera son dueños de sí mismos, sometidos como están a la esclavitud de la economía y el trabajo.

Nietzsche denuncia el hilotismo de la ciencia, en la que cada individuo tiene que sacrificar lo pulsional a lo institucional, donde la labor de investigación se



transforma en una empresa administrada en función de criterios tales como la utilidad social, la rentabilidad económica o el ideal de verdad. El científico objetivo es un modelo a desechar, un mero espejo de la sociedad, un instrumento de las instituciones del saber, un esclavo sin forma ni contenido propios, una máquina que cumple los designios del poder. El científico es el primero en desconocer los peligros de su oficio, absorbido en una conducta automatizada, sin autocrítica, inconsciente del gran juego en que participa. Su conciencia se limita frecuentemente a concebir la ciencia como un ideal de armonía y reconciliación entre los hombres, imbuido del viejo ideal moral de que la verdad es el método para la felicidad.

Contra ello Nietzsche concibe la ciencia como heroísmo, como la tarea inacabable de liberarse de los viejos dioses y abrir camino a los nuevos. Quiere desmontar la concepción de la ciencia como un ideal construido en base a nuestras carencias, como ilusión en positivo de lo que no somos ni tenemos: sentido, método, finalidad, certeza. Es preciso desmitificar la ciencia, despojarla de viejos ropajes para que alumbre mitos nuevos. Su progreso debe dirigirse hacia el aumento de fuerza de la especie humana; para ello hay que entender la facultad de pensar como resultado de la voluntad de dominio sobre la Naturaleza y de adaptación a ella.

La ciencia produce desespiritualización y autodesprecio. Autodesprecio por concederse a sí misma un valor supremo, erigiéndose como diosa a la que ha de sacrificarse la vida. Desespiritualización porque se priva a la Naturaleza de su poder genésico reduciéndola a gran máquina que debe ser dominada, a objeto de propiedad exclusiva. La actitud de la ciencia hacia la naturaleza enfrenta a la Humanidad con su “hybris”, abre una vía para su autodestrucción. La soberbia de la ciencia puede cegarla haciéndole ignorar sus propios límites, errando en la evaluación de su propia fuerza. Nietzsche avisaba de que el deseo ilimitado de conocimiento es un gran peligro y que pocos lo habían comprendido aún, que un siglo de barbarie comenzaba y las ciencias estarían a su servicio. De sus palabras ya han pasado cien años y el siglo anunciado se acaba; cada cual está en condiciones de juzgar su profecía. La autoconciencia de la ciencia ha crecido notablemente; no por ello su “hybris” ha dejado de estar ahí. Las palabras del solitario de Sils Maria siguen sonando. De sí mismo dijo: “En medio de tantos soñadores, yo que conozco, también bailo el mismo paso que los demás”.